

XXVIII

EL IMPERIO PARLAMENTARIO

Maupás aconsejó al emperador un cambio político radical en vista del resultado de las elecciones, pero Napoleón opinó que en la nueva Cámara no faltaría una mayoría sumisa. Por consejo de Julio Bames se constituyó un partido al cual pertenecieron Buffet, Plichón, Andelarre, Segris, Talhouet, Kéller, Daru y Estancelin, y luego también Ollivier, que se propuso pedir reformas compatibles con la Constitución, y al efecto se redactó un proyecto en términos bastante generales que se comprometieron á adoptar ochenta diputados. La derecha hizo una débil tentativa para presentar una contrainterpelación, pero muchos diputados creyeron más prudente firmar la interpelación de los liberales para quitarle el carácter de obra de partido, con lo cual aumentaron las firmas. Los autores de la idea resolvieron concretarla y pedir la responsabilidad ministerial y el derecho de la Cámara para hacer su reglamento. En esta forma se volvió á reunir firmas, que llegaron á ciento dieciséis, entre ellas las de Mackau y el duque de Mouchy, esposo de la princesa Ana Murat. Entonces se cerró la lista antes de que la izquierda pidiera su inclusión en ella, pues aunque se mantuvo por de pronto apartada por pura formalidad, de haber entrado en la lista hubiera constituído desde luego una mayoría. Buffet y otros que habían sido recibidos por el emperador, dijeron que éste no miraba con malos ojos la interpelación, si bien no podía aceptar la responsabilidad ministerial por estar en contradicción con el plebiscito de 1852; pero como al mismo tiempo indicó que en un nuevo plebiscito se podrían reunir seis millones de votos, se infirió de aquí que en el fondo estaba dispuesto á restablecer el régimen parlamentario por un nuevo voto popular. Como el movimiento no se dirigía contra Napoleón, los autores de la interpelación entendieron que, además de la responsabilidad de los ministros, era necesario conservar la del emperador como el principio esencial de su posición; por manera que el ataque era exclusivamente á Rouher, á quien se deseaba hacer caer por todos los medios. Schnéider, presidente del cuerpo legislativo, á instancias de muchos diputados se presentó al emperador exponiéndole la inconveniencia de sostener á Rouher. Napoleón cedió; pidió á Schnéider la lista de un ministerio nuevo y la aprobó sin modificación. La composición del nuevo ministerio causó sorpresa en todos los campos. En él había miembros del antiguo gabinete, á saber:

Forcade de la Roquette, Magne, Niel, Rigault de Genouilly y Gressier; los nuevos ministros eran Duvergier, Latour d'Auvergne, Leroux, Bourbeau y Chasseloup-Laubat. El ministerio de Estado quedó completamente suprimido, de modo que no tuvo sucesor Rouher, quien aceptó la presidencia del Senado, que había quedado vacante con la muerte de Troplong, teniendo así la misión de dirigir en el Senado las discusiones relativas á las nuevas reformas, que empezaron el 2 de agosto. El emperador sufrió un ataque gravísimo de su enfermedad de la vejiga, que le impidió fijar su atención en los debates. Los periódicos radicales, como el *Rappel* y el *Reveil*, se entretenían en hacer cálculos suponiendo posible la muerte del jefe del Estado, con un brutalidad tan inconcebible, que un autor ha dicho que en Inglaterra no se habrían tolerado ni un solo día semejantes artículos, que habrían sido reprobados por todas las personas honradas.

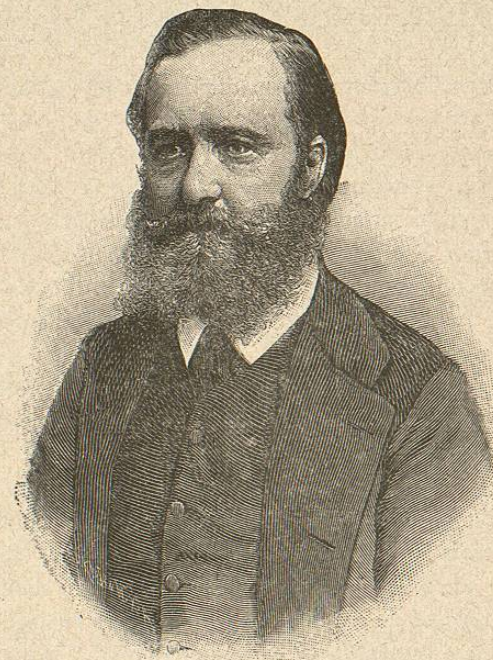
Las disposiciones más importantes de las leyes nuevas eran las siguientes: al cuerpo legislativo se le reconocía el derecho de iniciativa; los ministros dependerían únicamente del emperador, celebrarían sus consejos bajo su presidencia y podrían ser acusados por el Senado; podían ser miembros del Senado ó del cuerpo legislativo; y pedir la palabra, aunque no lo fuesen, siempre que les conviniese, en ambas Cámaras; las sesiones del Senado serían públicas, pero á petición de cinco miembros podría celebrarse sesión secreta; las leyes adoptadas por el cuerpo legislativo podían ser devueltas por el Senado siempre que deseara alguna mejora; el cuerpo legislativo elegiría á sus presidentes; todo miembro, así del Senado como del cuerpo legislativo, podría dirigir interpe-laciones al gobierno, cuya discusión se pondría en la orden del día; el presupuesto sería discutido y aprobado en adelante por capítulos, y para introducir modificaciones en los aranceles se necesitaría la aprobación del cuerpo legislativo. Después de cuatro semanas de discusiones, quedó aprobado el nuevo senadoconsulta en 6 de septiembre por todos los votos menos tres, absteniéndose otros nueve senadores.

Durante la suspensión de las sesiones se reanudaron las negociaciones entre el emperador y Ollivier, sirviendo de mediador Duvernois. Ollivier trazó á grandes rasgos su programa. Tocante á política extranjera, dijo que la guerra complicaría la situación todavía mucho más. «Ha pasado para no volver el tiempo en el cual fué posible detener á los prusianos, y en adelante sólo puede buscarse la salvación y grandeza del Imperio en el respeto del principio de las nacionalidades, al cual el emperador ha abierto el camino; si ahora lo combatiere, quedaría vencido. Por esta razón creo conveniente examinar si será conveniente oponerse á la unión de la Alemania del Sur con la del Norte en el caso de que Prusia quiera obtenerla á la fuerza; pero considero improcedente oponernos á esta unión bajo ningún pretexto si por la voluntad de las poblaciones se realiza.» En la política interior pidió la abolición de la ley de seguridad, y á lo menos en principio, la de las candidaturas oficiales. No aprobaba la elec-

ción de los alcaldes por los consejos municipales, pero dijo que deseaba mayor descentralización. Respecto á la prensa y las reuniones, la política que se seguía entonces era en su concepto excelente y daría dentro de pocos meses buenos frutos, conviniendo ante todo tener separadas las dos corrientes existentes, á saber, la revolucionaria y la liberal, y vencer á la primera por medio de la segunda, sirviendo los conservadores de ejército de reserva, que decidiría la jornada. Añadió que si el emperador estaba de acuerdo con este modo de pensar, podía disponer de él, pero era necesario que se le encargara de formar un nuevo ministerio en el cual entraran Magne, Chasseloup, el ministro de la Guerra y el de Marina, y acaso también Forcade, pero no como ministro del Interior; y que elegiría los otros, salvos los afectos personales del emperador, entre los ciento diez y seis interpelantes. Además necesitaba tener autorización para disolver la Cámara, si bien no creía que tendría necesidad de hacer uso de ella, porque bastaría la convicción de que contaba con la autorización. Si el emperador no aprobaba estas proposiciones, lucharía como hasta entonces contra la revolución en calidad de guerrillero, papel que prefería. Esta indicación se debía indudablemente al temor de que los elementos no bien definidos de los ciento diez y seis interpelantes, no estuviesen dispuestos á apoyarle. Hasta creía Ollivier que tendría que romper con ellos y apoyarse en la derecha moderada. El emperador le citó por conducto de Pietri para celebrar una conferencia nocturna en Compiègne, en la que no llegaron á ponerse de acuerdo. Napoleón pidió que Ollivier entrara en el gabinete existente y que Forcade conservara el ministerio del Interior, á lo que se negó. Continuaron las negociaciones por correspondencia directa y por mediación de Duvernois. Por fin, desvaneció los últimos escrúpulos de Ollivier una carta autógrafa del emperador, del 11 de noviembre, en la cual Napoleón hizo grandes concesiones, tanto que Ollivier escribió á Duvernois: «Esta carta está redactada en términos tan sinceros y nobles, que triunfa de todas mis objeciones. Estoy decidido y me precipito al combate. Que Dios bendiga nuestras armas.» Al emperador contestó al día siguiente que el senadoconsulto implicaba un cambio de personas, que debía atraerse á los jóvenes, y le proponía á Duvernois y á Philis para secretarios generales del Interior y de Justicia. «Llame V. M. á la juventud. Los viejos egoístas que rodean á V. M. sólo se acuerdan de sí propios... Este rejuvenecimiento del personal es indispensable, pues sin él se perderá V. M. por falta de fuerza en medio de la cohorte inepta y pusilánime de sus empleados.» La verdad era que para los puestos directivos sólo podía echarse mano por lo pronto de los parlamentaristas conocidos, es decir, de los jefes de los ciento diez y seis, y aquí fué donde Ollivier se encontró por parte del emperador con antipatías personales muy vivas. Primero fué rechazado el conde de Daru, y se opusieron á Buffet muchas dificultades; Ollivier propuso á Segris, y Napoleón le dijo: «De buena gana le rodearía á usted de personas de su gusto; pero tenemos que entrar en un desfiladero muy difícil, y esto sólo podemos hacerlo encargándonos cada uno por nuestra parte de vencer las dificultades. Cuando al

fin de la legislación resulten fogueados nuestros reclutas, podrá usted arreglar las cosas enteramente á su gusto y no tendrá que imponerse el sacrificio de una antipatía personal.» A pesar de estas consideraciones, no fué posible ponerse de acuerdo; de suerte que llegó el día de la apertura de la Cámara sin que Ollivier hubiese conseguido formar el ministerio.

La izquierda se presentó muy belicosa. Su manifiesto del 15 de noviembre



Clemente Duvernois (según fotografía)

anunció que esperaba conseguir con la discusión pacífica que el país se gobernara á sí mismo; pero también dijo que si la fuerza amenazara ahogar su voz, emplearía otras armas. Se anunciaron interpelaciones y se pidieron cosas que, como el abandono de la ley militar, la introducción del sistema de milicias y el derecho de la nación á decidir la paz y la guerra, hacían prever debates violentísimos. Las segundas elecciones de París llevaron á la Cámara á Arago, Cremieux, Glais-Bizoín y aumentaron la confianza de los irreconciliables. Esto confirmó á Ollivier en su deseo de asegurarse el auxilio de la derecha hasta donde le fuese posible y romper con los ciento dieciséis. A este fin entró en relaciones con Jerónimo David para preparar las bases de una mayoría compuesta en parte de la derecha y en parte del tercer partido. El emperador, al inaugurar el período legislativo el 29 de noviembre, excitó á los diputados á que

se le unieran para salvar la libertad, diciendo que él por su parte respondería del orden. Por lo demás, el discurso del trono tuvo un carácter bastante vago, que dejó entrever que la crisis ministerial continuaba todavía en la atmósfera; pero antes que el emperador adoptara ninguna decisión, quiso dejar algún tiempo á los partidos para que se agruparan. Después del examen de las actas se realizó el paso decisivo, y el *Monitor* publicó una carta del emperador dirigida á Ollivier, con fecha 27 de diciembre, en la que se anunciaba la dimisión de todo el ministerio y se encargaba á Ollivier de la formación del nuevo gabinete.

Aun así, las cuestiones personales ofrecieron muy grandes dificultades, y Ollivier estuvo muchas veces á punto de renunciar; pero finalmente se sujetó en todos los puntos esenciales á las exigencias del centro izquierdo, y reunió el 2 de enero de 1870 su ministerio, encargándose de las carteras de Justicia y Cultos; Daru recibió la cartera de Negocios extranjeros, Chevandier de Valdrome la del Interior, Segrís la de Instrucción, Talhouet la de Obras públicas, Louvet la de Comercio y Agricultura, Mauricio Richard la de Bellas Artes, que se restableció, y Leboeuf, Rigault de Genouilly y Vaillant conservaron sus puestos. Entre las modificaciones que se efectuaron fuera de los ministerios, las más principales fueron la retirada de Hausmann de la prefectura del Sena y el nombramiento de Parieu para la presidencia del consejo de Estado, en reemplazo de Chasseloup Laubat.

El cambio de sistema hizo una impresión favorable sobre la gran masa de la población, según tuvieron que confesarlo los mismos contrarios. Esta gran masa, si bien no tenía una confianza exagerada en Ollivier, temía un desenlace revolucionario, lo que le hacía desear el éxito del nuevo ministerio. Los republicanos no participaban de ese modo de pensar, pero se lisonjearon de que el cambio de principios aceleraría la caída del Imperio. Gambetta repitió en la Cámara lo que ya había declarado en su elección, que no había que hablar de conciliación; «pero, añadió, aunque no pueda yo alcanzar nada aquí, no por eso apelaré fuera á la fuerza, antes bien creo que la luz del progreso saldrá de esta tribuna y que después de esta mayoría vendrá otra que sacará la consecuencia lógica: para nosotros nuestros predecesores no son más que un puente por donde pasaremos.» A la extrema izquierda, á Rochefort y á Raspail pareció este lenguaje pacífico casi como una traición, y muy distantes de querer aguardar el curso de los sucesos, excitaron á seguir la lucha en la vía pública y á derribar al gobierno con el auxilio de las masas obreras de la capital, para lo cual se les ofreció una ocasión como no podían desearla más propicia cuando apenas hacía ocho días que funcionaba el ministerio Ollivier.

El príncipe Pedro Bonaparte se hallaba enredado en una guerra periodística con Pascual Grousset, colaborador de Rochefort en *La Marsellesa*, y Rochefort mismo se había mezclado en este asunto con algunos de sus artículos maliciosos é insultantes. En su consecuencia, el príncipe le envió en 8 de enero un

reto que fué aceptado; pero en la redacción de *La Marsellesa* se opinó que el príncipe debía batirse primero con Grousset, por cuya razón se le enviaron dos periodistas, llamados Víctor Noir y Fonvielle, á Auteuil, donde Pedro Bonaparte vivía lejos de todo contacto con la corte, para enterarle de la exigencia de Grousset. El príncipe dijo que él sólo tenía que ver con Rochefort y no con sus peones, lo que dió lugar á un altercado; se cruzaron ultrajes, y por último terminó la escena con un bofetón que dió Noir al príncipe, ó éste á Noir. El príncipe echó mano á un revólver y mató á Noir, y luego cambió con Fonvielle, que también sacó un arma de su bolsillo, varios tiros, sin que ninguno de los dos fuese herido.

Este suceso produjo gran sensación. Era dudoso quién había dado lugar á la pendencia sangrienta, pues las declaraciones de Fonvielle y del príncipe eran contradictorias; y si todo podía creerse del carácter iracundo del príncipe, también era igualmente creíble la sospecha de que el partido contrario hubiese tratado de armar un escándalo adrede. La gente sensata se tranquilizó al saber que Ollivier había dispuesto la prisión del príncipe. El acusado hubo de comparecer ante el tribunal del Estado; Raspail protestó en la Cámara, pero esto no impidió que el acusado saliese absuelto el 27 de marzo, si bien sólo por 22 votos contra 18, lo cual estaba conforme con la impresión que produjo la actitud del príncipe, mucho más simpática que la de Fonvielle y su abogado. La conducta de los republicanos después del asesinato, abonaba la suposición de que ellos mismos habían provocado el conflicto. *La Marsellesa* del 11 de enero se publicó con orla negra é insertó un artículo furibundo, en el cual Rochefort se acusaba de debilidad por haber creído posible un desafío leal con un Bonaparte y que un miembro de esta familia de matones pudiera ser otra cosa más que un asesino. Excitó al pueblo á declarar que estaba llena la medida y á que demostrara, tomando parte en masa en el entierro, que este asesinato sería el último que cometería el Imperio. En términos más claros excitó en la Cámara á todos los ciudadanos á empuñar las armas para tomarse la justicia por sí mismos, y por la noche invitó al público á presentarse en una reunión que debía decidir del porvenir de la democracia. Discursos análogos se pronunciaron aquel día en los clubs, y en todos ellos estaban las tribunas con gasas negras. Era evidente que se trataba de llevar á cabo un movimiento bien organizado, y que el gobierno debía estar preparado para presenciar el día 12 un levantamiento revolucionario. Tomó sus medidas poniendo las tropas sobre las armas, y la policía estableció sus puestos en los barrios más peligrosos. El plan de los revolucionarios era efectuar el entierro, no en el vecino cementerio de Neuilly, sino en el del *Pere la Chaise* para proclamar allí el levantamiento. Rochefort, en vista de los preparativos amenazadores del gobierno, se acobardó, y se dice que desfalleció y desapareció. Fonvielle, Delescluze y otros detuvieron al pueblo; Flourens, Beaury y algunos más que se empeñaron en dar el golpe, no tuvieron bastante dominio sobre la multitud, y el resultado fué que

el sepelio se efectuó en Neuilly y que las turbas innumerables que habían acudido y que volvieron á París al son de la Marsellesa y á los gritos de «abajo el emperador, abajo la emperatriz,» se dispersaron cuando en los Campos Elíseos se encontraron con las masas de tropa. Además, el día estuvo lluvioso, lo cual contribuyó también á aplacar el ardor revolucionario. No dejó de ser un gran resultado que aquel día tan temido pasara sin excesos peores; pero el ministerio comprendió que no debía contentarse con este triunfo, sino que era necesario proceder con decisión y energía. En 11 de enero había pedido á la Cámara que ésta autorizara el procesamiento de Rochefort á pesar de su calidad de diputado. La izquierda y hasta el centro izquierdo se opusieron; pero Ollivier se mantuvo firme, y también Daru y Buffet manifestaron á sus correligionarios que dimitirían si no se les autorizaba á encausar á Rochefort. Ante esta amenaza retrocedió el centro izquierdo, retiró su orden del día y la Cámara en 13 de enero concedió por doscientos veintiséis votos contra treinta y cuatro la autorización solicitada. La causa dió por resultado el 22 de enero la condena de Rochefort á seis meses de cárcel, y análogas penas tocaron á Vermorel, que había proclamado en *La Reforma* la guerra á muerte contra el «bandido corso,» y á Grousset por otros artículos. La izquierda hizo una nueva tentativa para impedir la prisión de Rochefort, diciendo que para esto era menester una nueva autorización de la Cámara; pero la mayoría permaneció fiel al gobierno, y en la noche del 8 de febrero Rochefort, al querer entrar en un club, fué conducido á la cárcel. Al recibir esta noticia, Flourens proclamó la revolución y empezó con algunos centenares de compañeros á levantar barricadas, las primeras que había visto París desde el mes de diciembre de 1851. Hubo una corta lucha en la cual los sublevados fueron dispersados muy pronto; Flourens, Beaury y otros huyeron á Londres, y también se sofocó con facilidad en 9 de febrero un movimiento amenazador.

La agitación socialista que estalló en aquellos días en los distritos mineros del Creuzot era muy propia para alarmar á los partidarios del gobierno existente. Los obreros exigieron que las cajas de socorro, cuyo capital había sido reunido por ellos, fuesen entregadas á una comisión ó comité que ellos mismos habían elegido, y á cuya cabeza se hallaba un individuo de la Internacional llamado Assy. Tratándose de un fondo de reserva de cerca de medio millón y de ingresos anuales de doscientos cincuenta mil francos por lo menos, el propietario de los talleres del Creuzot, que era Schnéider, presidente de la Cámara, se opuso á la pretensión de los obreros, contando con que la mayoría tendría confianza en la administración como hasta entonces la había tenido. Pidió, pues, á los obreros una especie de votación en la cual esperaba que resultaría vencido Assy; pero la mayoría de los obreros se abstuvo de votar y las tres cuartas partes de los que votaron lo hicieron contra la situación anterior. Entonces Schnéider despidió á los jefes del movimiento, con lo cual no hizo más que exasperar la resistencia; el orden quedó realmente comprometido y tuvo que ser

asegurado por medio de disposiciones militares. La Internacional reunió socorros á favor de los obreros del Creuzot, pero en abril acabaron los huelguistas sus recursos y tuvieron que someterse. Un gran número de jefes del movimiento fué encausado y condenado á penas pecuniarias y á prisión. En otros muchos departamentos se organizaron también grandes huelgas; los periódicos democráticos no se cansaban de excitar la discordia, y si estos movimientos no acabaron por lo general en desastres, fué debido principalmente á las disposiciones militares que tomó el gobierno.

En el concepto del emperador ganó mucho el ministerio por su energía en situaciones tan difíciles, y por otra parte se vió con gran sorpresa que Napoleón dió pruebas de su intención de ser un soberano verdaderamente constitucional, y que los ministros, de los cuales muchos habían estado predispuestos contra él, llegaron á estar positivamente entusiasmados de su comportamiento y de su rectitud. En efecto, el emperador aprobaba cuanto hacía su ministerio; el consejo discutía todas las disposiciones antes que el cuerpo legislativo ó los ministros las sometiesen á la aprobación del emperador, el cual prometió, después de oír á Daru, renunciar á la dirección, practicada desde antiguo, de la política extranjera por medio de la correspondencia directa con los embajadores acreditados cerca de las cortes principales y de conferencias decisivas con los embajadores acreditados cerca de la corte francesa. Se estaba preparando una ley de imprenta en sentido extraordinariamente liberal, y entretanto se permitió la venta de los periódicos franceses por las calles y la libre circulación de los extranjeros. Algunos de los prefectos más reaccionarios fueron jubilados y un número mucho mayor fué trasladado á otros departamentos; se prometió la ley concediendo el derecho de acusar, sin previa autorización, á los funcionarios por actos ilegales en el ejercicio de sus cargos; se reunió una comisión especial para ampliar los derechos de los municipios, y otras disposiciones de descentralización, y fué nombrado presidente de esta comisión el anciano Odilón Barrot; se derogaron los decretos de diciembre de 1851 que autorizaban la deportación de los individuos de sociedades secretas; se anuló la ley de seguridad de 1855, y Ledru-Rollin, excluido de las amnistías anteriores, recibió el permiso de regresar á Francia. Las intenciones pacíficas del gobierno recibieron la necesaria garantía con la disminución del contingente militar anual de cien mil quintos á noventa mil. Verdad es que á la izquierda no satisficieron estas concesiones, pues lo que ella quería era la república y obligar al ministerio á disolver el cuerpo legislativo. Esperaba obtener grandes triunfos en las nuevas elecciones; pero Ollivier no pensaba complacerles, pues sólo en el caso de que la mayoría de los diputados le hubiese sido hostil, se habría resuelto á disolver la Cámara. Ollivier mostró una confianza optimista que los sucesos no justificaron. Merimee dijo de él: «Se cree el hombre de Estado más eminente de nuestro tiempo y se figura que puede conseguirlo todo; recuerda á Lamartine en el año 1848, que también creyó que podría dominar la situación.» La confianza en que vivía